

# Jules Laforgue

MEMENTO (SONETO TRISTE)

© Adolfo García Ortega  
*La palabra ajena (Antología privada de poetas extranjeros)*  
Descargado de [www.adolfoortega.com](http://www.adolfoortega.com)

A Jean Richepin, autor de *Hermano, hay que vivir*.  
Hermano, hay que morir.

De la Eternidad a la Eternidad,  
el torbellino del mundo que enmaraña,  
universal, callado, lo errante,  
acribilla con oasis de oro la negrura infinita.

Por todas partes soles de bochorno, ceremoniosos  
giran irradiando sus fértiles efluvios  
para volver luego, extintos, a la honda tiniebla.  
Y una sonrisa materna preside esa calma.

Pero aquí... aquí... peregrino solitario  
por ese vacío sin ecos siempre abierto,  
un globo helado agoniza. ¡Eres tú, Tierra!

Ahora, en esta soledad, en esta sombría nada,  
sin ningún testigo que sueñe en los azules abismos,  
disuélvete, roca sublime, en cenizas anónimas.

Como necio parásito de un planeta oscuro,  
en la infinidad sonora de clamores eternos,  
aquí, lugar cualquiera, he nacido y vivo,  
y sólo es mi deseo que se sepa y se detenga todo.

Que por un grito perdido en la tormenta  
los océanos callen de pronto el aullido de sus olas,  
que por traer flores a mi tumbra  
los soles en masa dejen su Verbena.

¡Pobre corazón ingenuo! Rómpete, no eres nada.  
Muchos otros murieron con ansias iguales  
y la tierra siguió en su silencio.

Todo es duro, descorazonado, superior a ti.  
Sufre, ama, espera siempre y baila  
sin nunca exigir ese Porqué universal.

No te amo, no, no amo a nadie,  
sólo el Arte, el Tedio, el Dolor son mis amores;  
mi corazón ya es demasiado viejo para brillar  
como en los días en que fuiste mi única madona.

No te amo, pero eres bondad pura.  
Podría olvidar en tus ojos de terciopelo,  
y desahogar los llantos sordos de mi corazón herido  
en tus rodillas, como un niño mimado y débil.

¡Oh, sería tu niño si tú lo quisieras!  
Sabrías burlar mi absurda tristeza,  
harías suaves mis horas tan largas,

y cuando la nada viniese a bañar  
con su infinita frescura mi cuerpo roto  
moriría dulcemente, consolado de la vida.

Bajo el cielo lluvioso que encharcan sucias brumas,  
sentado en un islote frente al desvaído Océano,  
solo y distante, pienso en el sonido de las olas,  
en el concierto de aullidos que son sus golpes al morir.

Como crines de yegua desbocada,  
las olas convulsas llegan al galope  
y caen a mis pies con el triste llanto  
que en su aliento cruel guarda la tormenta.

Inmenso el cielo gris, y la niebla y el mar,  
sólo perturba el viento que barre el aire.  
Sobran las horas y los hombres, soledad y melancolía

me acompañan, perdido en lontananzas  
mientras pienso en el Espacio ilimitado, ilimitado,  
y en el Tiempo que nunca... nunca tendrá fin.

¡Ah, las solitarias tardes del otoño!  
Nieva como nunca. Toso. No hay nadie.  
Suena un piano cerca con monotonía;  
y arañeo entristecido en el recuerdo de un ayer feliz.

¡Qué triste es la vida! Como mi suerte.  
¡Solo, sin amor, sin gloria! ¡temiendo morir!  
¡O vivir, quizá! ¿Podré soportarlo?  
Ojalá tuviera a mi madre como cuando niño.

Sí, ser de nuevo su amado, su ídolo,  
esperar su consuelo siempre atento...  
¡Mamá, mamá! Cómo ahora, tan distante,

pondría en sus rodillas mi frente arrebatado,  
y ahí me quedaría, sin decir nada,  
llorando hasta la noche por tanta dulzura.

Solo, en su nido, delicado palacio de bambú,  
lejos del tedio, ruidos de estación, playas  
y mítines públicos de pugnas idiotas,  
ellos se adoran como dos locos desde abril.

Corrieron opacas cortinas y echaron pestillos,  
y sólo cuidaron, entre flores exóticas,  
de su mundo precioso, de sus raros tabacos  
y de seguir aún en el dulce olor del mes de las lilas,

mientras afuera ya el viento de otoño  
en un de profundis sin fe y sin brillo  
lleva por el cielo manchado de brumas

las hojas doradas del bosque y los serios carteles  
de azul, amarillo, verde hiel, escarlata o rosa,  
con candidatos ahogados por lluvias y olvidos.

Todo me aburre hoy. Separo las cortinas.  
Arriba un cielo gris rayado por una lluvia eterna,  
abajo la calle con una bruma de hollín  
por donde caminan sombras que resbalan en los charcos.

Miro sin ver cavando en mi cerebro,  
y maquinalmente sobre el cristal empañado  
escribo algo con la punta de un dedo.  
¡Bah!, salgamos, tal vez haya novedades.

Ningún libro reciente. Necios paseantes. Nadie.  
Simones, barro, y la lluvia de siempre...  
Luego la noche y el gas y regreso a paso lento...

Ceno, y bostezo, y leo, ninguna pasión...  
¡Bah!, acostémonos.—Una de la noche. ¡Todos duermen!  
Solo, sin poder dormir, sigo aburriéndome.

Diréis que ninguna Idea habita el fondo de los cielos,  
diréis que hacia el espacio reluciente  
se eleva de cada átomo una voz grandiosa  
buscando en lo negro sin fin un corazón que palpite.

Diréis que nada se sabe, que todo grita a coro.  
Y sin embargo, a pesar de esta común angustia,  
el Tiempo que hace rodar los siglos en desorden,  
sin memoria, rígido e infatigable artesano,

arrastrando sin remedio sumidas en sus olas  
cenizas de mártires, ciudades y mundos,  
el Tiempo, universal y sereno goteo,

el Tiempo que no sabe su razón ni su origen,  
y que sólo encuentra soles en su marcha,  
¡mana de la urna azul inagotablemente!



Cobarde vi cómo el Arte partía, mi último dios;  
ya no me estrecha lo Bello con su inmortal delirio,  
siento que he perdido, pues con Él echó a volar  
el éxtasis que aplaca a veces los viejos deseos.

Treinta siglos de hastío pesan en mi espalda  
y concentran sobre mí su llanto y su culpa.  
Nuestras manos olvidaron el trabajo que consuela.  
No hay día en que no piense, miedoso, en la muerte.

Sordo a la ilusión de las multitudes,  
me arrastro abatido hacia parajes lejanos,  
todo acabó para mí, nada más espero.

¡Pero lates aún, deshecho corazón pobre!  
¡Ah, si como antaño al menos lograra  
el llorar que tanto bien hace a los niños!

Contemplo la lumbre. Ahogo un bostezo.  
El viento llora. La lluvia resbala en mi cristal.  
Un ritornelo suena cerca en un piano.  
Qué triste es la vida, cómo huye tan lenta.

Pienso en la Tierra, átomo de un minuto,  
en lo Infinito plagado de eternas luces,  
en qué poco alcanzan nuestros ojos débiles,  
en Todo lo que sin remedio nos está vedado.

¡Y nuestro sino! Siempre la misma comedia,  
enfermedad, vicios, penas, tedio,  
y luego abonar los bonitos cardillos dorados.

El Universo nos recoge, no pereceremos,  
pero aquí abajo nada cambia nunca.  
¡Estamos solos! ¡Es triste la vida!

# Jules Laforgue

A LA MEMORIA DE UNA GATA  
ENANA QUE YO TENÍA

© Adolfo García Ortega  
*La palabra ajena (Antología privada de poetas extranjeros)*  
Descargado de [www.adolfoortega.com](http://www.adolfoortega.com)

Ah, mi querida gata friolera, cuando el otoño  
hacía chillar a gritos a los niños en sus patios,  
cuántos días de hastío pasamos juntos  
soñando encerrados en mi cuarto cara a cara.

Alisaba tu lengua tu pelo sedoso, rosa y áspera  
con un gesto grave distinto a los juegos,  
mientras venías con paso callado lentamente  
a estirarte ante mí en una noble pose.

Y yo pensaba, perdido en tus pupilas de oro:  
—¿No sospecha nada, nada, del globo absurdo  
que lo arrastra conmigo a través del Vacío,

nada de Astros lejanos, ni Dioses ni Muerte?  
Pero... esos ojos hondos... a veces me aterran.  
¿Lo sabrá todo?— No, porque es la Esfinge.

# Jules Laforgue

SOBRE LA HELENA

DE GUSTAVE MOREAU

© Adolfo García Ortega

*La palabra ajena (Antología privada de poetas extranjeros)*

Descargado de [www.adolfoortega.com](http://www.adolfoortega.com)

Débil y enojada, con lentitud, sin ver  
los hermosos héroes muertos llorados por sus novias,  
Helena medita en la noche dulce  
pensamientos que copian el horizonte inmenso.

“¿Quién eres Tú, que siembras desesperanza?”,  
le dicen agónicos los moribundos yaciendo por miles,  
y la flor que se seca en sus labios helados  
repite: “¿Quién eres?”, con voz incensaria.

Pero Helena recorre con mirada sombría  
el mar, las ciudades, planicies sin fin,  
y exclama: “¡Basta, Fatalidad, llévame contigo!

¡Oye el llanto que vierten nuestras Leyes eternas!”  
—Luego, tiritando en sus negros encajes,  
parsimoniosa regresa por temor a coger frío.